

Rufo

Rufo tenía la mala costumbre de gruñirle a todo el mundo. A veces se le iban los dientes con algún mortal desprevenido y terminaba confinado al patio de la casa con una sogá al cuello. Terminado el castigo, Rufo podía disfrutar de nuevo de los cuidados y el cariño de Jorge y Beatriz, sus abnegados dueños que, con paciencia de monjes tibetanos, le perdonaban los actos de indisciplina. Era un perro afortunado.

Llegó un día en que su primera dueña, fastidiada con el mal humor del can, lo regaló sin explicar nunca de dónde lo había sacado. “Era un callejero que adopté, pero no me lo aguanto más. Si ustedes no lo reciben, lo regreso a donde pertenece”, amenazó Evangelina Gutiérrez, una vieja conocida de Beatriz.

Rufo era un bravucón empedernido, sin raza ni pedigrí, aunque portador de una inexplicable simpatía que se desvanecía cuando mostraba los dientes. “Tiene un genio de los mil demonios, pero en el fondo es un buen compañero”, solía decir Jorge, no tanto porque lo creyera, sino porque sentía el deber moral de defender la poca honra que le quedaba a su mascota. Beatriz, que tenía un corazón de oro y era un manojo de cariño, había recibido a Rufo sin necesitarlo; lo hizo solo porque tenía la idea de que valía la pena intentar resocializar al animal para que no volviera a sufrir los abandonos de la calle.

Un lluvioso y frío día de octubre llegaron a casa Alfredo y Natalia, el hijo y la nieta de Jorge y Beatriz. Los anfitriones celebraron el final de una ausencia de varios meses y el escape feliz de los dos viajeros, que llegaban de Israel huyéndole a la guerra. Alfredo era un ingeniero civil que había dejado el país más que todo por el amor a su esposa que por la idea de encontrar en Israel un trabajo mejor y bien remunerado. Para entonces, la pequeña Natalia ya había llegado a este mundo y apenas podía sostenerse en pie, a una edad en que se descubre el encanto de caminar.

Los primeros días en ese extraño país fueron difíciles para la pareja, pero pronto dejaron de serlo para la esposa, que se adaptó bien a la cultura, al idioma, al shawarma y a los nuevos amigos. Alfredo no lo vivió igual, sobre todo por las dificultades para encontrar algo que hacer, aunque solo fuera para sentirse capaz de sobrellevar su propia vida en un matrimonio gobernado por ella. Así que no pasó mucho tiempo antes de claudicar en su papel de marido y decidir que regresaría a Colombia, sin mujer y sin hija, para volver a ser el de siempre. La esposa sucumbió a las absorbentes jornadas laborales y a los jolgorios frecuentes, y tuvo que recurrir a Alfredo para que regresara a encargarse de la niña, y así evitar el riesgo de tener que encomendarles su crianza a las niñeras de oficio. El amor de padre pudo más que el malestar por tener que retornar a su condición de extranjero. De modo que Alfredo desanduvo sus pasos, volvió a Israel y asumió los cuidados de la hija. Pero estalló la guerra en la Franja de Gaza y el aire se contaminó del miedo a las bombas y las balas.

Tras un acuerdo al que llegaron solo con mirarse a los ojos, la esposa decidió quedarse y él compró dos asientos en un vuelo comercial, antes que la guerra los obligara a subirse en un avión de refugiados. Así que el regreso a Colombia le dejaba a Alfredo otra vez el sinsabor de la separación; y a ambos, la sensación de un asilo.

La presencia de Rufo en casa de Beatriz le alivió las penas del corazón a la pequeña Natalia, que amaba a los animales y necesitaba tanto de un amigo con quien mitigar las amarguras por la ausencia de la madre. El perro lo comprendió al comienzo y le siguió el juego a la niña, hasta una tarde en que no soportó que ella le jalara la cola y le mordió la mano. El incidente no pasó de un rasguño y el grito de horror de la chiquilla que espantó a todos en la casa, aunque Alfredo, que corrió al rescate, pidió con un grito estremecedor deshacerse del animal, porque lo consideraba un riesgo mortal para su hija.

Jorge ya no tuvo argumentos para defender a su perro, y Beatriz, resignada y en silencio, aceptó el destierro de Rufo. El problema ahora consistía en conseguir un alma noble que se apiadara del can y lo recibiera sin reparos, a sabiendas de su temperamento de toro de lidia.

Una tarde en que compraba algunas viandas en un mercado cercano, Beatriz tuvo la buena fortuna de encontrarse de frente, y por casualidad, con Verónica de Díaz, una hacendosa y encantadora señora que nunca se quitó su apellido de casada. Tenía aún rezagos de sus años de juventud y unos ojos del color del mar, hermosos y expresivos, que tanto le sirvieron para sus tácticas de seducción en los tiempos del amor.

Las dos mujeres celebraron el encuentro como una afortunada conspiración de los astros, y Beatriz interpretó esto como la señal sobrenatural que estaba esperando para el futuro de Rufo. Había hecho cálculos acerca de quién podría quedarse con el perro, pero no se le había ocurrido incluir a Verónica en la lista de candidatos. Se saludaron de abrazo, se preguntaron por sus nietos y, después de un par de comentarios sobre la carestía de la vida, Beatriz se lanzó con la oferta, sin pensarlo mucho: “te tengo una divinidad de perro”. Verónica, que profesaba un insondable respeto por los animales y un

cariño inagotable por los perros, abrió sus ojos verdes. Beatriz no tuvo que esperar mucho para entender que su amiga de siempre se iba a quedar con el desterrado. “Es un poco malgeniado, pero cuando echa las orejas hacia adelante, es el perro más tierno que podrás conocer”, dijo Beatriz, aunque sin necesidad, pues había notado que a Verónica la propuesta de adoptar al perro la cautivaba. Salieron del mercado y caminaron hasta la casa de Beatriz, al ritmo del paso acelerado de Verónica, consumida por la ansiedad de conocer a su nueva mascota.

Congeniaron. El perro, en un acto que Alfredo interpretó de hipocresía, batió la cola, echó las orejas hacia adelante y lloró de felicidad cuando vio entrar a la desconocida. Verónica sucumbió a los gestos de cariño y le pidió a Beatriz que la esperara hasta el domingo para llevarse el can: “Ni se te ocurra regalárselo a alguien más. Ese perro ya es mío”, le dijo.

La semana se hizo corta para Jorge y Beatriz, pues querían un mejor hogar para Rufo, aunque los abatía la tristeza de la separación. Al final de las cuentas, ellos habían aprendido a quererlo, y la idea de que los abandonara les turbaba la paz del corazón. El sábado, muy temprano, Verónica llegó por el perro. A Joaquín Díaz, su esposo, no le sonaba mucho la idea, pero siempre, a pesar de su recio carácter, se rendía a los caprichos de su mujer. De modo que tomó la correa y la ajustó en el cuello del animal, que le correspondió con un gruñido de antipatía. Subieron al carro, se despidieron de sus amigos y buscaron las vías menos congestionadas para salir de la ciudad y tomar la carretera hacia Arbeláez, un pueblo de tierra caliente, metido entre las montañas y muy cercano a una aldea donde los cadáveres se preservan en el tiempo por algún efecto mágicos de la tierra.

Rufo se adaptó bien y pronto a la nueva casa, una elegante y acogedora construcción de un piso, de paredes blancas impecables, en la mitad de un inmenso terreno quebradizo y sembrado de árboles de frutas, y con una pileta que hacía las veces de piscina y alberca de regadío. La propiedad era la más distinguida de los alrededores, sobre todo porque aquellas tierras bajas estaban pobladas por campesinos pobres que vivían de pequeños cultivos y soportaban con denuedo las sequías del verano y los fangos del invierno.

La casa estaba cercada por una alegre barandilla de balaustres, blanca y bien conservada, que permitía el acceso en puntos opuestos mediante puertas de baja altura que alertaban a los moradores por el chirrido que emitían cuando se abrían. Un día de calor inusitado, Rufo comenzó a ladrar desaforadamente, y Verónica tuvo que echar mano de su paciencia inagotable para calmarlo. La reacción del animal fue incomprensible para la mujer, pero fue la excusa de Joaquín para insistir en deshacerse del perro, cuya presencia en su finca no lo había terminado de convencer. Los ladridos enloquecedores y sin explicación se repitieron en los días siguientes, y Verónica comenzó a presentir que obedecían a una presencia extraña que acechaba la casa. Así se lo hizo saber al marido, que no aceptó el argumento y supuso que el perro y su dueña estaban por volverse locos y volverlo loco a él.

Después de analizar el comportamiento del perro, Verónica comprendió que Rufo se descontrolaba siempre en la portezuela posterior de la cerca de barandilla, y que, aunque el perro sabía cómo saltarla, prefería ladrar desde adentro, como debía hacerlo el guardián de la casa. Cuando Rufo intensificó los ladridos, Joaquín tomó la decisión de deshacerse del perro, por encima de las súplicas de su esposa. Un día en que el paisaje se ocultó tras la niebla, se llevó a

Rufo a una finca cercana en donde lo confinaron a vivir amarrado a un árbol sin ramas ni frutos. Esa noche, los dos esposos durmieron sin ruido, pero sin paz, porque se sintieron solos y tristes sin la presencia del perro.

A la mañana siguiente, Joaquín se levantó temprano, luego de la mala noche, y salió a atender una reunión de propietarios de fincas para discutir los pormenores de la construcción de un nuevo acueducto veredal. En la soledad de la casa, Verónica se levantó sin ánimos y, cuando salió a la sala, sintió sobre su hombro derecho el golpe seco de una mano pesada y, luego, el ahogo por la presión de un trapo embadurnado que le hizo perder la conciencia.

De regreso, el ambiente tenso y oscuro de la casa oprimían a Joaquín, pues las cortinas estaban aún sin correr y se notaba la ausencia de su mujer. Entonces, encontró sobre la mesa de centro la lacónica nota que dejaron los secuestradores. Cuando reconstruyó lo sucedido, se percató de que los delincuentes se habían llevado a Verónica por la puerta donde Rufo había desatado sus ladridos de alarma.

Rodolfo Prada Penagos